

EN PRIMERA PERSONA

| UNA INFIDELIDAD EN EL OBJETIVO



PARA MATAR EL TIEMPO. El seguimiento a una persona puede, en muchas ocasiones, eternizarse. Antonio Macián distrae la espera poniendo a punto su revolver, que, en más de una ocasión, ha utilizado en defensa propia en los casos más peligrosos.

**Ella nunca le dio un hijo pero a Manuel no le hacía falta.
Tenía dos, como probó el detective**

**El investigado ni imagina que graban sus movimientos,
los detalles al minuto de su doble vida oculta**

«Su marido tiene otra mujer, dos hijos y otra casa»

TEXTO: ANTONIO BOTÍAS FOTOGRAFÍA: JUAN LEAL

Rosario, después de diez años de matrimonio estéril, sin que la vida hubiera hubiera florecido en su vientre, cuando más convencida estaba de que conocía a su esposo Manuel, despertó hace una semana convertida en madrastra. Y por partida doble. Porque Manuel, a unos cuantos kilómetros de su casa de Murcia, disfrutaba cada día de otra familia, de otros labios en la madrugada, de otras discusiones y facturas, de los hijos que nunca le dio su mujer y de un chalé con el que ella jamás soñó. Esta doble vida

duró casi tanto como su matrimonio. Hasta que Rosario tuvo la certeza de que su esposo le era infiel. Cuando contrató los servicios del veterano detective Antonio Macián no imaginó que iba a destapar la caja de los cuernos.

Salidas nocturnas, gastos incomprensibles en las tarjetas de crédito que ella revisaba a escondidas y cierto desapego, un mal humor en aumento, la pusieron en alerta. Las tardes se hacían eternas aguardando la llegada de Manuel, las mañanas se acortaban ante inesperadas ausencias y los mensajes

de amor de los ramos de rosas sonaban a expediente administrativo. «Quiero saber quién es ella», suplicó al detective en voz baja, como si temiera una respuesta inmediata. Y la tuvo.

El detective Macián, hombre corpulento y marino de vocación, de remota barba blanca y filosofía a lo Hemingway, a pesar de sus camisas de flores y colores llamativos, es capaz de pasar inadvertido hasta en su propia casa, al pie del Mar Menor, en La Manga. Muy de mañana, después de desperezar la mente en un café cargado, con cier-

ta sonrisa pícaro, aparca su coche ante la única salida del garaje de Manuel. No tendrá escapatoria. Anoche le aseguró a su mujer, la oficial, que un trabajo en Yecla le ocuparía buena parte del día, que no lo esperara a comer y, quizá, tampoco a cenar. Sin embargo, al abandonar la ciudad, Manuel se encamina hacia una de las urbanizaciones de la periferia y aparca enfrente de un chalecito nuevo, donde los setos del jardín apenas cubren la mitad de la verja. Esta será su perdición. Son las diez de la mañana.

«¡Creo que ha picado!», exclama Macián al comprobar que una muchacha joven, en bata de casa y zapatillas, sale eufórica al encuentro de Manuel, quien baja de su vehículo con un enorme paquete envuelto en papel de regalo. La videocámara del detective registra con detalle el beso apasionado de la pareja. Sin embargo, cuando Macián cree concluido su trabajo en un tiempo récord, dos sorpresas le inquietan. Primera, una vecina que barría la calle se acerca a Manuel, lo saluda y comienzan a reír. Y segunda, un niño de corta edad sale desbocado de la vivienda y, de un salto, se cuelga al cuello del investigado. «Vaya. Y la vecina ni se inmuta», balbucea el detective un segundo antes de concluir: «Parecen una familia feliz». No se equivoca. Lo son.

¿UNA CASA PARA EL EMPLEADO?

Marino mercante e investigador

El detective Macián comparte su despacho con toneladas de expedientes, por donde asoman los más curiosos papelotes, apilados en cualquier esquina, en cajas de cartón o en anaqueles de aluminio. Desde notas simples de los registros a partidas de nacimiento, recibos y facturas de procedencia desconocida, transcripciones de llamadas telefónicas, escrituras públicas de esta y aquella propiedad, fotos comprometidas por las que pagarían millones y cientos de carpetas que lucen, como una pinclada sobre la costra de polvo, el sello de *caso archivado*.